

cimientos se asentaban en la ciudad del hombre y cuyas cimas se perdían en la ciudad de Dios. Toda obra prematura está condenada tristemente á desaparecer en el tiempo inoportuno en que aparece; pero como el tiempo es eterno, estas obras anticipadas, estas obras proféticas, estas hijas naturales de la adivinación y del presentimiento, llegan á fructificar allá en los siglos, que parecen de ellas mas distantes y con ellas menos relacionados. Ninguna idea progresiva se pierde; ningun esfuerzo moral se malogra; ningun alma grande pasa por las páginas de la historia como pasan los aereolitos por las noches del planeta: todo lo hermoso, todo lo grande, todo lo bueno, todo es fecundo y todo es fecundante. Cuando los hombres libres se sientan aligerados del peso de sus cadenas; cuando las conciencias emancipadas se dirijan á Dios sin la interposicion del inquisidor ó del verdugo; cuando las familias se acojan á la sombra de instituciones benéficas y prueben la virtud de sábias leyes, no sabrán cuántos de estos beneficios deben al pobre monje de las visiones y de las penitencias; ni cuántas de las grandezas reales, que los circundan y los protegen, se rociaron con las lágrimas de sus ojos y se abonaron y crecieron con las cenizas de su hoguera. Estos son los redentores de todos los tiempos, los redentores cuya estirpe no se ha acabado en la tierra y cuya voz no se ha extinguido en el tiempo, los redentores que tendrán siempre altares y templos, pues lloran para que los demás rian, padecen para que los demás gocen, combaten para que los demás triunfen, y mueren para que los demás vivan. El género humano camina eternamente así, entre las hogueras donde estos hombres se consumen y las aras donde se sacrifican y los patíbulos donde mueren inocentes y maldecidos y deshonorados en el concepto y en la opinion de un dia; pero mientras exista el alma y en el alma brille la conciencia, tendrán todos estos mártires de la virtud y de la fe, adoracion y adoradores.

Lo que mas heria el ánimo de Savonarola era lo que mas resaltaba en medio de todos aquellos acontecimientos y en el seno de aquella sociedad, las perversas costumbres del colegio cardenalicio y de la corte pontificia. Llevando, pues, de frente dos ideas el gran pensador; la idea de la reforma del elemento eclesiástico en todo el orbe católico, y la idea de la reforma política en la ciudad florentina, para conseguir una y otra, mas que al dogma y

á las creencias, ateníase á la moral y á las costumbres. Acabándose por aquellos dias definitivamente la edad de los milagros, pensaba Savonarola con razon que si él sabia profetizar, es decir, dar aire de revelacion á sus presentimientos y á sus previsiones, el mundo, que exigia aun cierto carácter sobrenatural á todos cuantos intentaran mejorarlo, creeria en su divino ministerio, dándole asentimiento y obediencia, imposibles de conseguir por la doctrina pura y el puro racionio. Las gentes vulgares le acusaban por este proceder y le argüian por este convencimiento. Un fraile llegó á preguntarle en cierta ocasion si se creia delegado del cielo, y creia reveladas y divinas sus palabras; y el monje le respondió con la misma sencillez y con el mismo candor de Cristo al responder á Pilatos cuando le preguntaba qué cosa era verdad. La reforma religiosa de la Iglesia y la reforma política de Florencia: hé ahí los dos pensamientos capitalísimos del monje. Y una y otra reforma las emprendia, mas bien bajo el aspecto moral que bajo el aspecto dogmático. Los Borgia, para explotar el Pontificado, habian corrompido la Iglesia; los Médicis, para explotar la República, habian corrompido á Florencia. Contra esta corrupcion se levantó Savonarola. Para sanar á Florencia bastaban su palabra y su vida; para sanar á la Iglesia habia menester de un extraño apoyo, habia menester de una autoridad que se impusiese á las naciones. Como el Dante pedia la reforma eclesiástica al Imperio de Alemania; como el Petrarca la pedia á su vez al tribunado de Rienzi; pedíala el monje Savonarola al poder del Rey de Francia. Y mientras no la conseguia, se empeñaba con verdadero ahinco en mejorar y perfeccionar á Florencia, con ánimo de que su ejemplo mejorase y perfeccionase al mundo. Nada mas milagroso que convertir aquellos carnavales toscanos, en cuyos festejos se abrian los garitos, las tabernas, los aduare, las zahurdas y se cerraban todos los establecimientos consagrados á la instruccion y á la moral, convertir, decia, aquellos carnavales cantados por los versos eróticos de Lorenzo de Médicis, y que solo guardaban el amor voluptuoso, la borrachera desapoderada, el juego ruinosísimo, la danza escandalosa, en escenas de religion y de piedad, obligando á los niños, que antes importunaban á todo el mundo con sus peticiones y subvertian la ciudad con sus pedreas, á erigir altares en las esquinas de las calles, demandar limosna á los transeuntes para los hospita-



les y para los pobres, y decir versos místicos y entonar sublimes canciones que, con su poesía y con su música, acercaban el cielo á la tierra y confundían é identificaban á todas las almas en el amor y la esperanza.

Naturalmente lo mismo la reforma de la Iglesia que la reforma de la ciudad exigían á una en el reformador mucha fuerza y mucha constancia contra los antiguos abusos, é inspiraban al que de estos abusos vivía mucho odio contra las reformas amenazadoras de sus privilegios y de sus intereses y contra el reformador que las proponía y las personificaba. Por tal causa, constituyóse en Florencia un partido llamado de los *arrabiati* en atención á su cólera y á su rabia, y otro partido en Roma contra el monje reformador. El partido florentino estaba compuesto, no ciertamente de los partidarios de los Médicis caídos, sino de los antiguos partidarios de los Albrizzis, es decir, de aquellos soberbios aristócratas, que detestaban la República democrática y el gobierno popular; mientras á su vez el partido romano, contrario á Savonarola é influido por los *arrabiati*, detestaba al fraile á causa de sus tendencias reformadoras en la Iglesia. Luego, todos los magnates italianos, todos los tiranuelos de las diversas ciudades veían á una con horror el ascendiente que pudiera ejercer aquella maravillosa ciudad en Italia y la difusión que podía llevar á todas partes de las ideas republicanas. Y como Savonarola aparecía el verdadero fundador de la República democrática, detestaban á Savonarola. Tenía, pues, por enemigo á Luis el Moro, es decir, al poderoso duque de Milán y con él á la señoría de Venecia, que aristocrática, á pesar de republicana, detestaba el gobierno democrático de Florencia, y con la señoría de Venecia á todos los Borgias, deseosos en su ambición de extenderse, no solamente por las Marcas pontificias y por las tierras de Bolonia, sino también por la crasa y codiciosa Toscana.

Fácil á todos estos poderes ciertamente mover el ánimo de Alejandro VI contra el monje reformador. Sus palabras de penitencia resonaban de extraña manera bajo los artonados del Vaticano, teatro de tantas orgiásticas escenas; y sus proyectos de reforma herían á Alejandro VI, al Papa mismo en persona. Así le envió una bula disponiendo su presencia en Roma y recordándole todos los derechos que sobre él tenía como padre solícito y todos los deberes á que estaba obligado como hijo obediente de la sede pontificia. Los

*arrabiati* que no podían concluir con Savonarola en Florencia, á pesar de haber apelado cien veces al hierro y al veneno, porque lo defendía la voluntad del pueblo florentino y lo custodiaba una guardia resuelta, decidieron concluir con él en su viaje á Roma. Fray Jerónimo, que de permanecer en su convento faltaba al principio de la obediencia y de partirse al instinto de la conservación, escribió al Papa, diciéndole como la salud de Florencia necesitaba de sus consejos, y la propia salud, decaída hasta hallarse en trance de muerte, necesitaba de verdaderos cuidados. Y se negó á ir. Y como se negara á ir, amenazósele desde lo alto con excomunión mayor. Y como se le amenazase con excomunión mayor, contestó que apelaba del Papa mal informado al Papa bien informado, pues solo movido este por error de informes aviesos y engañosos, podía decretar medidas tan contrarias al bien de la República toscana y al esplendor de la Iglesia católica. Y en sermón tan audaz por su fondo como elocuente por su forma, sostuvo la tesis de que los inferiores, aun reconociéndose tales, solo debían obedecer á la justicia. Y de aquí el grave disenso entre el reformador y el Papa, disenso que había de desenlazarse por una verdadera catástrofe. 12 Julio 09